



El viaje (azul) de Miquel Barceló a Cartago

Había trabajado en Nápoles, París, Nueva York, el Alentejo portugués... Sin embargo, ningún rincón fue tan revelador como África, adonde lleva veinte años regresando, migrando tras las matanzas payesas del cerdo.

Miquel Barceló (cuya acuarela *Artista en Cartago* ilustra esta página para celebrar la nueva etapa de *El Viajero*) hizo su primer viaje africano en 1988 con su amigo Javier Mariscal: cruzaron en furgoneta el desierto del Sáhara y llegaron a Gao (Malí). Aquí acabó por levantar su casa junto al río Níger, cuyo primer mapa fue trazado, como le gusta explicar, por un paisano suyo, un artista y científico mallorquín, un judío del siglo XV: Jafudà Cresques.

De este periplo empiezan a surgir las hojas dibujadas y manuscritas que aparecen en *Cuadernos de África* (Galaxia Gutenberg), recopilación de dibujos, notas e impresiones de sus sucesivas estancias en el país dogón hasta el año 2000,

donde también tiene su casita de Gogoli, al borde de un tajo junto a un enorme baobab. Un remanso donde comprueba cómo las termitas se comen su papel y sus pinceles. Cuando no está efectuando una de sus incursiones en la biblioteca de Tombuctú, cargada de escritos y crónicas árabes, hispánicas y bereberes.

En Malí, las cosas le han parecido siempre “más verdaderas y pintables”, pese a que el calor le asfixie y la pintura se le seque en el pincel. Es aquí, en este espacio ocre sin fronteras —“un gigantesco jardín budista donde todo tiene sentido, aunque diferentes sentidos a la vez”—, donde descubre la tierra, los pigmentos, el barro. Materias para componer mujeres con las cabezas cargadas en medio de la tormenta de arena, animales que se enzarzan o buscan sustento, dibujos de sus amigos dogones, autorretratos que han completado los insectos con sus nidos corrosivos... No es raro que Barceló se adentre en parajes de los desiertos mexicanos, penetre en la selva de Guatemala, se

zambulla a 30 metros de profundidad para vez la luz y el barroquismo colorista de los paisajes submarinos, o simplemente admire las nubes de espuma y sal que deja el Atlántico a su paso por la isla canaria de La Graciosa.

El artista ha estado varios meses últimamente recluso en Suiza, nadando sobre una tempestad de 35 toneladas de pintura para crear otra obra especialmente arriesgada: una cúpula que se asemeja a una gruta marina de 1.500 metros para la sala XX de la ONU en Ginebra. Y acaba de abrirse en Dublín una exposición que incluye 90 de sus obras africanas, entre extractos de cuadernos, pequeñas pinturas, esculturas y cerámicas, con el título *Miquel Barceló: the african work*, en el Museo de Arte Moderno, que permanecerá abierta hasta el 28 de septiembre y recalará en el Centro de Arte Contemporáneo de Málaga el 11 de noviembre (hasta el 15 de febrero de 2009). Ahora se prepara para atravesar el Atlántico a vela. **ANDREU MANRESA**

Trotamundos



Leiva • Cantante de Perez

Una horchata premonitoria

Hasta el día anterior a su concierto del pasado 13 de junio en Las Ventas, ante 15.000 espectadores, fue imposible dar con él. José Miguel Conejo —más conocido como Leiva, del dúo Perez— estaba “en el campo, totalmente desconectado”.

Así que le va el ambiente rural. Mucho. Siempre que puedo me escapo a cualquier rincón de la Península. Además tengo mis lugares de retiro, casi todos descubrier-

tos a raíz de viajes que hice siendo más joven y en plan *hippy* total. Han sido los más bonitos de mi vida y me permitieron conocer a fondo España, mi destino favorito. **¿Los escondrijos son secretos o...?** Para nada, son sitios que recomiendo a todo el mundo, como la playa de las Catedrales, cerca de Ribadeo (Lugo).

¿Es tan monumental como promete su nombre?

Es la más increíble que he visto: enormes rocas de formas caprichosas, acantilados de vértigo, puentes de piedra, arcadas de 30 metros... Todo lo ha esculpido el mar. Para apreciarlo hay que ir con marea baja, aunque contemplarla con pleamar en medio de la lluvia también es una maravilla; es Galicia en estado puro. **¿Cómo dio con esa maravilla?**

En un viaje increíble; pasaba



unos días en la playa tarifeña de Bolonia, otro portento al que voy cada año, y leí en un periódico que uno de Lugo vendía un amplificador de los setenta. Agarré el coche con un amigo y nos cruzamos España de norte a sur.

Entonces durmió en el coche. No era la primera vez. Recuerdo que llegamos a casa del tío, un *rockabilly* con una colección alu-

cinante de objetos de los sesenta y setenta. Luego encontramos la playa y esa noche dormimos en el coche delante del mar.

Aun así, habrá sitios para dormir por la zona.

Siempre que voy me alojo en una casa que alquilan en Bustapena, una aldea que está a unos 20 kilómetros, ya en Asturias, y en la que sólo hay otras cinco casas...

Todo muy tranquilo. ¿A veces no apetece algo más de vidilla?

Entonces voy a otro escondrijo: el barrio del Albaicín, en Granada. Pocos sitios en España tienen tanto color y alegría en sus calles, bares... Voy todos los años desde la primera vez que estuve; recuerdo que entonces fui muy movido por mi condición de *fan* de El Lute.

¿En serio es fan de El Lute?

Mucho, y resulta que vivió un año en un piso frente a la Alhambra.

¿Cómo es?

Sólo he visto el balcón con sus flores, nunca he podido entrar, pero me muero de curiosidad.

Por esa época, supongo que también iría a muchos festivales.

Festivales y conciertos: el Doctor Music en los Pirineos, el Espárrago en Granada, Los Rolling Stones en Vigo... Aunque la anécdota más bonita fue en Gandía, antes de un concierto de Amparanoia. **Cuente, cuente.**

Empecé a charlar con el dueño de una horchatería, un tipo encantador al que le conté mi sueño de ser músico. Me escuchó con mucho interés y me dijo que veía algo especial en mí; ganas de comerme el mundo. Años después me lo encontré en Madrid. Era el padre de la persona que nos hizo nuestro primer contrato.

ANDRÉS S. BRAUN